

EL MUNDO CÓMICO.

Director literario, M. MATOSES.

SEMANARIO HUMORÍSTICO.

Director artístico, J. L. PELLICER.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

PRECIOS DE SUSCRICION.—En *Madrid*: Un mes, CUATRO REALES.—Tres meses, DOCE REALES.—Número suelto, UN REAL.—En *Provincias*: Un mes CINCO REALES.—Tres meses, TRECE REALES.—Número suelto, UN REAL CINCUENTA CÉNTIMOS.—Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias, y directamente en la Administración, litografía y relieves en zinc para imprenta, plaza de San Nicolás, 7 y 9, bajo.—No se admiten sellos de comunicaciones.

LA DESPEDIDA, — por LUQUE.



—Hoy al baile de Piñata; mañana... á las Cuarenta Horas.

EL PINTOR DE HISTORIA, — por PELLICER.



—¡Póngase Vd. con más gallardía... así! (¡Ahora sí que está en carácter...!)

LOS PROVINCIANOS EN MADRID.

Salen de su pueblo una hermosa mañana, con la cabeza llena de ilusiones, el corazón de sueños, el bolsillo de onzas de oro y una maleta repleta de vestidos, de camisas, de medias y pañuelos, acompañado todo esto de las severas recomendaciones del padre, los tiernos besos de la madre y las repetidas despedidas del hermano, de la hermana y de la criada que llora, para desembarcar en la estación de la *Babilonia moderna*, como llamaban los antiguos á Madrid.

¡Madrid! Parnaso de sus rimas, paraíso de sus sueños, objeto de sus esfuerzos; Madrid, por cuya conquista tantas lanzas han roto en el hogar doméstico. ¡Madrid, el amor, el ruido, el movimiento, la locura, la voluptuosidad, la mujer, el teatro, el ideal de todos los provincianos jóvenes!

Vivir en provincias, ¿es posible, á ménos de ser un vegetal? ¡Fuera la vida tranquila, la oscuridad y las calles estrechas, donde el espíritu se enerva y donde no se pueden extender las alas!

Así razonan los recién desembarcados en cualquiera de las estaciones, y muy pronto encuentran, ¡pobres crisálidas! quien les dé alas de mariposa..... con las cuales los infelices creen poder competir con el vuelo del condor.

Para apagar su sed de Tántalo no hay agua bastante, ni platos capaces de satisfacer su apetito de Gargantua; en un instante olvidan sus sueños de amor, de ambición y gloria, en medio de la flotante población de Madrid; á los almuerzos de amigos suceden las comidas de cortesanos; á los bailes, las fiestas, las orgías..... Hay un Pactolo en su bolsillo y es preciso hacerle correr.

Es inútil que pretenda el provinciano hacer uso de sus gracias; son viejas, y todo enmudece ante las calbaltas, las orgías de café y las curiosidades de la villa; las miradas de las mujeres hacen palpar el corazón vírgen del forastero, que se esfuerza en tomar posturas interesantes, imitando, según cree, á los *madrileños*; pero el verdadero madrileño, el auténtico, es inimitable; semejante al caracol, sabe cuándo, dónde y cómo debe asomar los cuernos, y no se extralimita de sus facultades; el que el fisiólogo en su buena fé llama madrileño, es simplemente uno de los cien mil forasteros que pasan por Madrid todos los meses y que engañan al poco conocedor; esos provincianos que se engañan unos á otros en Madrid, y que gastan sin saber cómo un río de oro, porque se figuran en su buena fé que en Madrid todo se compra, incluso el talento y la belleza.

¿Por qué se han de inquietar por el porvenir? ¿No serán pronto ricos como ingleses, poderosos como sul-

EN CATALUÑA, — por PELLICER.



—Digazté, paizana, ¿entiende uzte el casteyano?
—¡Ay, no señó!

tanés, con un harem poblado de las más hermosas huries y con un ejército de esclavos negros que tiemblen por su vida al verlos? Todo se lo han prometido, representarles el drama, imprimirles el libro, ricas herederas, grandes destinos, y todo esto entre apretones de manos de sus amigos y entre el chispeante bullir de las copas de Champagne.

Pero aun cayendo de ilusion en ilusion hasta el fondo del negro abismo.

La caída es dura, el fin violento y el despertar frio. Los dientes se entrechocan, los cabellos se erizan, el corazon se hiela. La brisa glacial pasa á través de los cristales rotos, y ¡es tan triste su soplo! se burla, se rie y parece que responde á los profundos suspiros del provinciano desencantado con incisivos sarcasmos.

—¡Já! ¡já! le dice la miseria; abandonado, el frio, el hambre, ese, ese es el paraiso prometido; aquellos ángeles, tus cortesanas con mejillas de albayalde te han abandonado; no tienes ya dinero.....; tus amigos que tanto te prometian te han abandonado; no tienes ya dinero.....; el drama representado, la embajada, la alta posicion, ¡já! ¡já! Esa gente dorada y perfumada, aquellas brillantes apariciones, fuegos de Bengala, que brillan un momento y despues con su humo denso aumentan la oscuridad.

Lo que este hombre piensa en su duro pensamien-

to no puedo explicarlo; necesito la pluma de Eschylo haciendo gritar á Prometheo destrozado por el buitre, ó la elocuente indignacion del poeta inglés Chatterton muriendo de hambre y de desprecio.

Y para terminar este cuadro deberia pintar la provinciana al lado del provinciano, la jóven romántica que viene á Madrid llena de entusiasmo á buscar la libertad del amor, y que despues de haber visto perderse hoja por hoja la flor de sus ilusiones vuelve á su país con el corazon vacío y en sus entrañas..... Pobre víctima, pide de rodillas un perdon que la rehusan; maldita por haber deshonorado el nombre de una familia, morirá de miseria y de dolor, si un cláustro ó un hombre de corazon de su aldea no la recoge consolando su desgracia y reanimando su muerto corazon. ¿Deberia ocuparme de esas legiones de provincianas que llegan á Madrid en una *posicion interesante?*

¡Qué dramas íntimos, qué novelas tan dolorosas hay en esas infelices!

.....
Despierta el provinciano y se dirige á la estacion Y se levanta como un loco, se viste, registra sus bolsillos; el vacío, nada; si sus amigos hubieran creido que tenia algo no le hubieran abandonado.

¿Qué hacer? Pedir prestado. ¿A quién? Al primero que se presente; á su lavandera la deja en rehenes

EN LOS TOROS, — por PEREA.



— ¡Bien, Lagartijo, bien! ¡Tas lusio!
 — ¡Ay, ay, ay! ¡Me escamo!

su equipaje, y en un asiento de tercera llega á su pueblo entre nieblas, el que salió en un hermoso día de sol.

La madre le desconoce; ¿que aquel jóven flaco con arrugas y ojos hundidos, sucio, demacrado, es aquel niño blanco y rosado que no se cansaba de acariciar? No es posible: es menester que diga el jóven:

— ¿No me quiere Vd. dar un beso, madre?

Es su voz; ha llegado al corazón de la anciana, que rie y llora y coge en brazos al niño, porque para una madre su hijo es un niño.

La hermana le quita las botas, el hermano le quita el abrigo, el padre enjuga silencioso una lágrima que humedece su mejilla, la cocinera corre al fogon y prepara el plato que más le agrada al señorito, y al día siguiente toda la aldea sabe la llegada del *madrileño* y se suceden las visitas.....

Pero pasa la luna de miel, y el fastidio y aburri-

miento se apoderan del jóven; ¿cómo vivir en una aldea el que ha gustado de la grandeza de la córte?

Por eso odiais á Madrid, andaluces, gallegos, catalanes, navarros, aragoneses, extremeños, valencianos, por eso; porque recordais los cafés, los teatros, la animacion, la farsa, en una palabra, de la córte que entre todos fomentais.

¿No vale más que, en vez de desear ver la córte, os dedicárais á parodiar á Juvenal y demás poetas cámpestres?

MARIANO LERROUX.

—
 ¡A DOS CALES LAS ESCOBAS!

—
 Dos vendedores de escobas
 topáronse en una acera,
 mientras la gente de Cádiz

TRAJES FUTUROS, — por PONZANO.



Caballería ligera.

estaba echando la siesta.
 Y el uno dijo:—¿Compare...
 me va ozté á *jaser la mesma*...?
 —Comparito, ¿y por qué? el otro
 replicó:—Porque sin venta
 me he quedao desde que

pregona ozté en esta tierra
 por dos *calés* las escobas,
 que yo vendo á tres con pena.
 —Y zi ozté las baja á dos,
 ¡yo á cuarto! dijo el tío Leña.
 —Jesús, ¡y qué baratura...!

UN TENORIO DEL DIA, — por LUQUE.



— ¡Qué ojos me echa el marido!

replicó el otro con flema;
¡hombre...! ¿Serán de sarmientos?
—No señor, de parma y güena;
mire ozté.—Sí. ¡Ya las veo...!
Están bastante mal hechas,
pero el género no es malo;
vaya, ¡viva la *majensia*!
Pero escuche ozté, compare:
¿cómo puede ozté venderlas
á dos cuartos, cuando yo
robo la palma, y la cuerda
y los palos; me las hago
solito, con esta lesna,
que es robáa, y aun así y tóo,
armuerzo pan y miseria?
¿Cómo se arregla er milagro...?
Y le respondió el tío Leña:
—Zi no es milagro, compare;
zi es que yo las robo hechas.

P. XIMENEZ CROS.



—Chico, ¿qué levita tan bonita llevas?
—No es fea. ¿Te gusta?
—Sí que me gusta; ¿es con la que te has casado?
—¡No! Casarme, me he casado con Luisa.

CUENTO.

Un barbero en un cuartago
visitaba cierto enfermo,
que tenia una postema
con unos dolores fieros;
alargábase la cura
y el paciente echaba verbos:
«Hermano, tened paciencia,
—decia el quirugo diestro—
»que este achaque va despacio,
»que en el hipocondrio interno
»teneis una hidropesía;
»alcanzadme ese tintero,
»porque quiero recetaros
»un nuevo eficaz remedio.»

Al darle el pobre la pluma,
el caballo, que era inquieto,
asentóle la herradura
y le reventó el divieso;
con que al punto le cesaron
los dolores al enfermo,
sintiéndose mejorado,
y quedó á voces diciendo:
«¡Vive Dios, que mejor cura
el caballo que el maestro!»

MATOS FRAGOSO.

UN DILETTANTI, — por LUQUE.



—¡Oh, qué trozo...! ¡Bien... bien... brabo... otra... magnífico...!

Una señorita le preguntaba á un abogado:
—Pero hombre, ¿se puede saber para qué se ponen
ustedes esas faldas largas en los tribunales?
—Señora, respondió él, es que en ocasiones tene-
mos que charlar cuasi tanto como una mujer.

~~~~~

### MALA MEMORIA.

—

Dices que yo te dije en Capellanes:  
—«Mil vidas que tuviera, mil te amara;  
premia con tu hermosura mis afanes,  
que si tu pecho mi pasión ampara,  
ni en la misma agonía  
me ha de faltar la sed de este deseo.»  
Y así será, ¡lo creo...!  
*pero ya no me acuerdo, vida mía.*

Y sollozas, jurando que te dije  
de un atracón de amor en el exceso:  
—«¡Muérame yo, señor, dándola un beso!»  
y te besé en la boca y te bendije.  
Y añades: que fué el día  
en que al anochecer te dió un mareo.  
Puede... puede... ¡lo creo!  
*pero ya no me acuerdo, vida mía.*

Y me llamas bellaco sin palabra  
porque cuentas que estando tú en mis brazos  
—«¡Juro hacer—dije—santos estos lazos  
ya que tu dulce amor mi dicha labra!»  
Y afirmas que tu tía  
oyó lo de aquel próximo himeneo.  
En fin, ¡puede...! ¡lo creo!  
*pero ya no me acuerdo, vida mía.*

P. XIMENEZ CROS.

~~~~~

EL VINO DE CHAMPAGNE Y EL AGUA GASEOSA.

—

Fábula.

De su suerte quejosa,
al vino de Champaña
dijole un día el agua gaseosa:
—«¡Es cosa bien extraña!
No hay bebedor que á mí no te prefiera.
A un precio fabuloso
te compra á tí cualquiera,
y, más barata yo, no hay quien me quiera.
Y, sin embargo, como tú fermento,
como tú, yo hago espuma blanca y bella,

y como tú tambien en un momento
saltar hago el tapon de la botella.»
—«¡Nécia!—replicó entonces,
un bebedor que por allí pasaba,
y del agua gaseosa oyó las quejas.—
¡Nunca he visto más loco desatino!
¿No quiere compararse el agua al vino?
Con detalles, que nunca son gran cosa,
alimenta su orgullo la envidiosa,
sin reparar siquiera
que en fuerza y en sabor es diferente
de ese vino espumoso,
que busca el bebedor inteligente.»

Porque hace gran ruido,
muchas veces pretende el ignorante
ser un autor de nota, distinguido;
olvida que en la esencia,
no en una cualidad fútil y vana,
estriba en realidad la diferencia.

E. LLUESMA.

—¡Manuel!
—¿Qué manda Vd., señorita?
—¡Tráeme una libra de arroz y un sello!
—¡Volandu, señorita! ¡Soy muy listu!
El criado regresa.
—Ya está todú hechu.
—Pero hombre, ¿y el arroz?
—Púsele el sello y echelu al correo. ¡Soy yo más
listu de lo que parece!

EPIGRAMAS.

—«¡Agua va!» dijo al echar
un barreño de inmundicias
la moza del tío Malicias,
tabernero del lugar.

—«Gracias,» contestó el tío Lino
echado que fué el barreño,
«no nos dice eso tu dueño
cuando le compramos vino.»

E. LLUESMA.

Un sargento que afirmaba
con aplomo peregrino,
ser en el sistema métrico
sobresaliente perito,
exclamó con tono enfático
después de tallar á un quinto:

—¡Juan Gil no llega á la marca;
le faltan catorce litros!

Un portugués, ponderando los estragos que hizo el
cólera en Madrid en 1834, decía:

—Esta terrible enfermedad no perdona á nadie;
¡hasta llegaron á morir de ella algunos portugueses!

El tener dinero es *Gloria*,
Purgatorio el no tenerlo,
comer pan ajeno, *Limbo*,
y tener deudas *Infierno*.

¡¡¡ ADIOS, CARNAVAL!!!

ABADEJO.
ESPINACAS.
COLACIONES.
POTAJES.
LEGUMBRES.
SARDINAS.
LENTEJAS.
PESCADOS.



Despedios de bailar
que ya es hora de rezar.

PENITENCIAS.
AYUNOS.
ROSARIOS.
MORTIFICACIONES.
ABSTINENCIAS.
REZOS.
PLEGARIAS.
DISCIPLINAZOS.

«¡Adios, Carnaval bullanguero y escandaloso! ¡Esperanza de solteras, incentivo de jamonas, regocijo de viejos
verdes! ¡Adios, ilusion dorada de estudiantes y pollos *cursis*!

»¡Vete y no vuelvas, que por tí he empeñado mi reloj, por tí he mortificado mi cuerpo con bailoteos y comilonas
por tí he recibido desengaños del amor y decepciones de la amistad!

»¡Vete, escandaloso y embustero Carnaval! ¡Vete y no vuelvas... hasta el año que viene, por supuesto!» (Frag-
mentos del monólogo de un hortera.)